¿Existe la América Latina? Una reflexión en dos tiempos

Estas páginas forman parte concisa de la vieja reflexión que, como todo latinoamericano, no he cesado de hacerme sobre lo que significa e implica esa condición existencial. Podría decir, sin mucha exageración, que mi obra entera de escribir y hasta buena parte de mi vida pública no ha sido otra cosa que formas distintas de hallar respuesta a esa cuestión que, copiando a Hamlet, es para nosotros "la cuestión".

La identidad del hombre latinoamericano ha sido conflictiva y oscura desde sus mismos orígenes históricos. La tierra nueva, los viejos equívocos de la sorpresa europea, la influencia no pocas veces contradictoria de las tres culturas fundadoras: española, indígena y africana, ya constituye motivo suficiente de dificultad para definir, cuál cultura española vino, qué culturas indígenas diferentes predominaron en distintos puntos de la vasta geografía, qué variedad de culturas africanas entró en la pedagogía de las ayas esclavas, cuáles combinaciones y grados de mezcla se dieron en el inmenso escenario terrestre y humano.

Los equívocos comienzan desde el primer momento. Los europeos vinieron con nociones y presunciones propias en busca de Asia, de la fuente de la eterna juventud, del paraíso terrenal, de las Amazonas, de El Dorado, del hombre feliz y no pudieron ver con suficiente claridad. El más persistente equívoco comienza con el nombre mismo que se ha dado al suceso inicial de todo el proceso histórico. La verdad es que nunca hubo algo que se pudiera llamar descubrimiento de América, sencillamente porque lo que Colón y sus compañeros hallaron no tenía nombre y no podía ser América, a lo sumo las Indias, y no vino a ser llamado así, sino mucho más tarde, cuando estaba avanzado el gran proceso de la creación de América o del Nuevo Mundo, que todavía hoy continúa.

La parte central de esta reflexión la constituye la transcripción de una charla que, sobre el mismo tema, di en Caracas en 1976. Hoy, quince años después, no tengo mucho que cambiar, lo que me satisface; pero, en cambio, las circunstancias mundiales en que la existencia de la América Latina se manifestaba y podía definirse han sufrido inmensas modificaciones por el efecto, todavía mal conocido, de las inesperadas novedades que han ocurrido y están ocurriendo en el escenario mundial y en las relaciones internacionales.

Una somera impresión superficial de lo que ese cambio significa para la América Latina forma la parte final de esta reflexión, que sigue abierta.

¿Existe la América Latina? ¿Existe un hombre latinoamericano? ¿Existe una condición latinoamericana? ¿Existe una condición a partir de la cual podamos presentarnos ante el mundo y dialogar con el mundo? Esta preocupación es vieja, ardua y ha atormentado el alma de los hispanoamericanos, por tres o cuatro siglos, desde toda la historia, desde el primer momento de la conquista.

Toda la historia de América Latina ha sido una historia de toma de conciencia, de definición de posiciones, una búsqueda hacia fuera y una búsqueda hacia adentro, y esa búsqueda ha sido muchas veces frustrante y ha sido difícil y los resultados no han dejado de ser muchas veces contradictorios. De modo que si algo podría caracterizar al latinoamericano en el escenario del mundo es esa situación un poco hamletiana de estarse preguntando todo el tiempo: ¿Quién soy?, ¿qué soy?, ¿qué puedo hacer?, ¿cuál es mi situación frente a toda esta gente que me rodea?

Esa interrogante, esa especie de angustia ontológica, ha condicionado la situación hispanoamericana y es, precisamente, una de sus raíces. ¿Por qué preguntarnos tanto qué somos? Es curioso, esa pregunta no se la hacen los africanos, no se la hacen los asiáticos —por lo menos en el grado angustioso en que nos la hacemos nosotros—, no se la hacen los americanos del Norte. Todos ellos parecen estar seguros

de lo que son. Tener un adquirido básico desde el cual contemplan el mundo y comercian con él. Nosotros estamos constantemente revisando ese piso sobre el que estamos *y* poniéndolo en duda y descubriéndolo.

De modo que esta característica complica el problema. Yo pienso que nos ha hecho mucho daño y nos sigue haciendo mucho daño la carga de visión foránea que ponemos sobre lo nuestro. No quiero con esto decir que debamos aislarnos de la ciencia mundial o de las doctrinas universales. Pero sí pienso que habría que hacer un gran esfuerzo para lanzar sobre este mundo, que llamamos América Latina, una mirada lo más desprevenida posible, en el buen sentido de la palabra, lo más Cándida posible, para llegar a mirar lo que es más difícil de mirar, que es lo obvio. Lo obvio es lo que no vemos nunca. Lo obvio es lo que no percibimos casi, porque lo que percibimos es lo extraño, porque lo que percibimos es lo inusitado, porque lo que percibimos es lo anómalo.

De modo que ese esfuerzo por vernos creo que es lo primero que tendríamos que hacer. Y mucho me complació haber oído en las exposiciones de muchos de mil ilustres antecesores una especie de deseo de regresar a una contemplación de lo latinoamericano, descargándose y olvidando un poco de lo que hemos aprendido en Europa o en otras partes, para tratar de que la América Latina nos diga ella misma su ser, nos revele su entraña, nos diga qué es finalmente, a través de toda esa manifestación.

Yo diría que la primera originalidad de América Latina y el primer síntoma de esa originalidad es, precisamente, el estarse interrogando sobre lo que es. Si la América Latina no fuera sino una prolongación de España, no habría interrogación. Si la América Latina fuera simplemente la continuación de las civilizaciones indígenas, tampoco la habría. Pero es, precisamente, porque no es ninguna de estas cosas y que, al mismo tiempo, es parte de esas cosas y parte esencial de todas esas cosas, por lo que ella se busca a sí misma, porque hay una diferencia sensible y actuante que la separa de todas *estas* otras manifestaciones próximas.

De modo que esa misma angustia, podría yo decir, es la primera prueba de su originalidad. Esa noción se tuvo desde el comienzo con una palabra que el doctor Mayz enfocó varias veces, muy atinadamente: la noción del Nuevo Mundo. Yo creo que la noción del Nuevo Mundo es una noción ambivalente y tiene dos vertientes que valdría la pena ver. Desde luego, hay la noción del Nuevo Mundo, para decirlo en el castellano de los conquistadores, en el sentido de tierra nuevamente descubierta o nuevamente conocida. Fue una novedad el encuentro de América, una novedad casual, fue sorprendente en mil sentidos y, por lo tanto, fue una impresión de novedad. El primero que le dio el nombre de Nuevo Mundo fue un italiano, Américo Vespucio, que fue el primero que usa la palabra *Mundus Novus* de la cual vinieron todos estos derivados.

Pero es que si nosotros vemos la Historia Universal como la debemos ver y, sobre todo, la Historia de Occidente en su complejidad, en 1492, o si ustedes quieren, para no encerrarnos tanto en una fecha, en todo el siglo XVI, nace un Nuevo Mundo. Pero nace en escala universal. Porque no es que solamente se encontró América, sino que el encuentro con América determinó un viraje y un cambio del mundo. No es un mero azar que eso que llamamos la edad moderna arranque precisamente en esa fecha. Es una época de profunda transformación de la civilización occidental. Es una época de cambio a fondo de la situación del hombre y de su concepto sobre sí mismo, de los valores con los que había vivido en toda la Edad Media y en la Antigüedad, y ese cambio y en ese reajuste, que es el comienzo de un nuevo mundo, de un nuevo mundo en escala mundial, está el ingrediente americano de un modo muy preciso y muy poderoso.

De modo que nosotros no solamente fuimos nueva tierra, tierra nuevamente hallada, como decían los viejos cronistas, sino que fuimos el punto de partida de una nueva época del mundo, nueva época en la que estamos viviendo y que no ha terminado su parábola y está lejos de terminarla y en la cual hemos intervenido por acción o por omisión, voluntaria o involuntariamente, y en la cual ahora tenemos que intervenir

más voluntariamente y más conscientemente que nunca. De modo que esa noción de Nuevo Mundo está doblemente vinculada al hecho americano.

La primera cuestión que habrá que ver de esa originalidad es la dificultad que tenemos de incorporarnos a ninguna de las familias a las que pretendemos pertenecer y a las que pertenecemos en parte. Uno de los hombres que primero vio esto fue el propio Bolívar. Recuerden ustedes, en el Discurso de Angostura, y ya antes lo había dicho en la Carta de Jamaica, dice de un modo muy claro: "No somos europeos, no somos indios" y añade una frase muy hermosa y muy significativa, dice: "Constituimos una especie de pequeño género humano aparte". Él se daba cuenta de la originalidad de nuestra situación, de que no éramos unos europeos como los europeos y que tampoco éramos unos indígenas americanos, como los indígenas americanos verdaderos. De modo que ya desde el comienzo había ese hecho nuevo que no sabíamos muy claramente en qué consistía.

La primera cosa que habría que ver en esta revista de hechos obvios, y les pido perdón a ustedes porque voy a insistir en hechos obvios porque creo que son los importantes, es que el mundo americano, particularmente lo que llamamos la América Latina, fue el escenario de un inmenso encuentro de culturas, como se ha dado en la Historia Universal desde la creación de Occidente. Ése es un punto que no hay que olvidar. Semejante proceso de encuentro, de acomodamiento, de pugna, de desnaturalización, de recreación de corrientes culturales, no se dio en la escala en que se dio en América Latina, sino en la formación de Occidente, es decir, en la alta Edad Media, a raíz de la disolución del Imperio romano. En esa dimensión no se ha dado en ninguna otra parte.

Ese encuentro consiste primordialmente en la confluencia en América, de un modo occidental, de tres culturas fundamentales. La primera es la que representaba el español del siglo XVI, el castellano que vino a América. Un hombre muy tipificado, que representaba un matiz muy definido de la cultura occidental y ese matiz se reflejaba y se traducía en una actitud para entender su misión, en una concepción religiosa, y en una visión de una estructura y un porvenir y una situación del hombre muy tipificadas que pertenecían en gran escala a la cultura occidental, pero tenían un matiz muy peculiar dentro de ella.

Y ese hombre que llega a América se va a encontrar allí con unas razas y con unas culturas con las cuales él no había tenido ningún contacto. El español que llega a América viene con la visión de que simplemente ha encontrado un espacio que llenar y que va a reproducir lo que dejó. Va a crear una nueva España, va a crear una nueva Castilla, una nueva Andalucía. Ahí están los nombres, las toponimias que nos lo revelan y, sin embargo, lo que les salió fue otra cosa. No podía salir una nueva España, ni una nueva Andalucía, ni una nueva Toledo, ni una nueva Castilla. Lo que salió fue el hecho americano, que era un hecho profundamente distinto.

Ahora, este mismo hombre, ese español que salió de España y vino a América, no vino de una manera similar a como fue el hombre a la Luna, metido dentro de una cápsula preservativa de contaminación que le conservaba una atmósfera propia. Ese hombre vino a sumergirse en un caldo de encuentros, de influencias y de comercio en el sentido latino de la palabra, que tuvo que afectarlo profundamente. Ese hombre sufrió, en primer término, un extrañamiento, un extrañamiento que no ha sido bien estudiado.

Cuando uno lee el testimonio de los viejos cronistas, cuando uno lee las Cartas de Relación de Cortés, cuando uno lee a Bernal Díaz o a Sahagún, lo que encuentra allí es la sensación de extrañamiento, de la gente que ha sido sacada de su medio tradicional y proyectada dramáticamente en un medio para el cual no estaba preparada y que no podía entender. Eso trajo desajustes y ya hablaremos de eso. Trajo consecuencias y trajo una sensación muy peculiar de la condición vital de ese hombre que había llegado.

Ese hombre cambió de inmediato y tanto cambió que comenzó por no ser semejante a los españoles que habían quedado en España. Allí mismo surgió el nombre de indiano, de perulero, todos los nombres que se le dieron al español que había venido a América y que regresaba a España, porque ya no era el mismo español, como tampoco era igual el español recién llegado al que ya tenía tiempo en América o al que ya había nacido en América, y por eso los nombres de chapetón, gachupín, los nombres que se le dieron a los españoles recién llegados en toda América, para señalar esa diferencia y esa distinción.

Ese español que llega no cae en un vacío, se encuentra con los indígenas, con toda una escala de civilizaciones indígenas. No había lengua en la cual entenderse. No lo digo yo en el sentido material de la palabra de entender un idioma, digo que lo que significaban las palabras indígenas no era lo que significaban las palabras españolas. No había traducción posible. Eran representantes de dos mundos totalmente diferentes. De dos mundos que muy superficialmente podrían acercarse. Así como el español llegó y tuvo que cambiar de todo, desde la vivienda hasta el traje, desde la alimentación hasta los usos y costumbres de la vida, desde la estructura de la casa hasta la formación de la familia, así como también ocurrió en su contacto con el indígena. Tuvo que nombrar frutas que desconocía, plantas que nunca había visto, relaciones sociales que para él eran nuevas. Y el indígena, a su vez, entró de pronto a recibir el impacto de un volumen, de un conjunto de usos, de costumbres, de ideas, de valores, que le eran totalmente extraños y que lo afectaron profundamente.

Al día siguiente del Descubrimiento de América, irremediablemente, el español ya no pudo seguir siendo el mismo que era, pero el indio americano tampoco. No hubo regreso para ninguno de los dos. Se marcaron, se influyeron, se desnaturalizaron, se modificaron mutuamente de un modo profundo. Ese hecho ya, por sí solo, debía introducir un elemento de novedad y de cambio con respecto a lo que era el mundo o lo que había sido el mundo indígena antes de la llegada del español.

Pero es que muy pronto aparece un tercer personaje, que es el negro. Sabemos muy poco del negro en América. Lo hemos estudiado muy superficialmente. Nosotros tenemos una idea bastante europea de lo que fue el encuentro en el territorio americano. Pensamos que llegó el europeo, que llegó el español y que se encontró con el indígena *y* combatió con él y lo sometió, lo esclavizó y que luego trajo al negro africano y lo puso *a trabajar* como esclavo para aliviarse. Es decir, como si en la presencia en los encuentros humanos se tratara de una mezcla de líquidos inertes. Eran seres que actuaban dramáticamente los unos en los otros y se modificaban tratando. No hay modo de estar en presencia de otro ser humano sin que ese ser humano nos modifique a nosotros y nosotros lo modifiquemos a él en alguna forma, y mucho más en una inmersión de esta magnitud.

De modo que el negro, a quien siempre hemos visto muy marginalmente y de quien pensamos que no tuvo ningún papel cultural, o muy remoto y pequeño, que dejó algunos bailes y algunas consejas, pero que estaba completamente segregado de la sociedad colonial, aparece metido en la tarea rural o en la servidumbre doméstica, sin contacto con el mundo del criollo blanco, ni con las castas superiores de la vida colonial. Esto es falso. Hay un elemento, por ejemplo, que deberíamos estudiar a fondo y que yo creo que merecía que le dedicaran mucho tiempo sociólogos y psicólogos y es que yo llamaría la pedagogía mágica que el hispanoamericano recibió durante más de tres siglos.

En toda Hispanoamérica, desde el norte hasta el sur, en una edad que hoy sabemos que es la más importante del hombre, la que va de O a 5 años de edad, los hispanoamericanos, y particularmente los de la clase alta, tuvieron por ayas esclavas negras. ¿Qué le transmitió esa esclava negra a ese niño durante esos cinco años de profunda receptividad? No le transmitió solamente cantares y ritmos, que ya tenían importancia, y consejas africanas, le transmitió una visión mágica que no tenía el español y no la podía tener. Una visión mágica que sí tenía el indio, pero de otra manera.

De modo que esa pedagogía que estuvo en el fondo del alma americana y que está en el fondo de ella ha tenido una raíz y una explicación y es un aporte del negro en esa función pedagógica que no le hemos reconocido, a la que no le hemos dado su importancia. Un hombre como Simón Bolívar tuvo una pedagogía negra importantísima en su vida. La relación materna de Bolívar no fue con doña María Antonia, que murió cuando él era niño y que, por lo demás, tenía las escasas relaciones que una señora rica de la Colonia tenía con sus hijos, que estaban confiados a las esclavas. La madre de Bolívar, en el sentido del contacto, de la alimentación espiritual y de la formación, fue una esclava negra, la negra Hipólita, y Bolívar lo reconocía, sentía la deuda que tenía con ella, de tal modo que cuando regresa a Caracas en 1827, después de la Campaña del Perú y entra triunfalmente, entre la gente que estaba hacinada esperándolo estaba la negra Hipólita. Bolívar desmontó y la fue a abrazar, porque para él era su madre. Esa influencia no ha sido estudiada y, desde luego, es un elemento de diferenciación profunda.

Hay otro aspecto que es muy importante y es el elemento espacial. Nosotros no nos hemos dado cuenta de lo que significó para el español y aun para el negro, aunque en menor grado, el cambio de escenario geográfico.

Ese cambio de escenario geográfico lo vemos y lo percibimos en los cronistas de Indias. El primer cambio, desde luego, fue la dimensión. Hombres que nunca habían visto un río más grande que el Guadalquivir desembocaron en el Amazonas, en La Plata, en el Orinoco, en el Magdalena. Hombres que nunca habían visto una montaña más alta que los Pirineos se encontraron con el Aconcagua, con la Cordillera Blanca del Perú, con las murallas de nieves más gigantescas y más altas que el mundo conoce fuera de Asia, con las llanuras, las selvas inmensas inagotables, el espacio geográfico, en una dimensión que ellos no conocían, y la presencia de una naturaleza activa y agresiva que tampoco existía para ellos.

Ya he dicho mucho, y lo han dicho los críticos literarios, que la literatura hispanoamericana se caracterizaba, y todavía se caracteriza en buena parte, por la presencia de la naturaleza. Fue en gran parte una literatura, la narrativa y la poética, hecha en torno a la presencia de la naturaleza, al hombre ante la naturaleza, al combate del hombre con la naturaleza, y eso constituía un elemento de originalidad desde el punto de vista español, y es explicable porque en España, en la literatura española, la naturaleza casi no se encuentra. Uno podría buscar en el Quijote las páginas de descripción de la naturaleza y yo no me atrevo a decir una cifra, pero no deben pasar de unas cinco o seis. ¿Por qué? Porque la naturaleza no tenía ninguna importancia para Cervantes, era un hecho obvio que estaba allí.

Como decía una vez Jorge Luis Borges, hablando de las cosas obvias, que en el Corán no se nombra a los camellos una sola vez porque para el árabe son una cosa tan obvia que no hay que nombrarla. Pero cualquier turista que desembarca en un país de Oriente lo primero que describe es el camello porque, claro, para él es una novedad.

Así pasa con la naturaleza. La naturaleza para el español no tiene ninguna importancia, una naturaleza domesticada, reducida, de pequeña escala, con la cual él mantenía una relación de dominio, pero cuando eso se altera y llega a América es la naturaleza la que domina, es él que está a la defensiva, es él que se encuentra frente a ríos gigantescos, a animales desconocidos, a selvas impenetrables, a montañas que no había visto jamás, a un régimen de lluvias diluviales que tampoco había conocido.

De modo que la naturaleza le crea un espacio geográfico, y aquí es donde yo digo que habría que estudiar eso que se llamaría el efecto psicológico del extrañamiento, no solamente el extrañamiento por el medio humano, nuevo, sino por el medio geográfico y el espacio nuevo.

Hoy en día existe toda una escuela de psicoanálisis existencial que trata de explicar el que buena parte de nuestra salud mental, de eso que llamamos el ajuste del ser, está en unas ciertas relaciones estables que nosotros creamos con nuestro rededor humano y con nuestro

rededor físico, es decir, las distancias que recorremos normalmente, la altura de los montes, la dimensión de las casas y de las calles, la gente que vemos diariamente. Pero que si eso se altera y cambia de un modo brusco, nos desajustamos. Se produce un desajuste muy curioso.

Se ha hablado mucho de la locura de los conquistadores de los casos de locura criminal, tipos como Lope de Aguirre. Es muy posible que si Lope de Aguirre se hubiera quedado en España nunca hubiera hecho nada de lo que hizo en América, nunca hubiera entrado en aquel drama de locura criminal deslumbrante y aterradora, y el caso de Lope de Aguirre se repite en Pedrarias Dávila, se repite en miles de casos.

¿Por qué estos hombres de pronto se desnaturalizaban y hombres que en España habían estado dentro de una costumbre o dentro de un ritmo de vida de pronto se convertían en terribles personajes, cometían insensateces que nos parecen hoy día temeridades de valor y que nos parecen al mismo tiempo excesos de crueldad o de violencia inauditas?

Posiblemente el psicoanálisis existencial nos podría revelar que estos hombres venían de sufrir uno de los más grandes procesos de extrañamiento, de enajenación, que un ser humano haya experimentado nunca, que era el desplazamiento súbito, total y completo del medio humano y del medio y escenario físico en el cual se habían movido. Eso tuvo que tener unas reacciones profundas en su actitud ante el mundo, en su actitud ante la vida. Y sobre eso sabemos muy poco y nos imaginamos que los conquistadores eran unos turistas que venían viendo cosas extrañas y que las anotaban y que no les alteraba nada, que regresaban con su billete de la agencia Cook, o de la agencia que tenían los Reyes Católicos de España.

Hay otro aspecto fuera del encuentro humano y del espacio físico —y tengo que pasar muy rápido sobre estas cosas, porque, desgraciadamente, no hago sino un catálogo— que es el tiempo. Hay un tiempo americano, no podría haber ocurrido un desplazamiento geográfico, del marco geográfico y del marco humano, de esa magnitud, y del espacio, sin que la noción del tiempo cambiara. La han observado mucho, muchas veces en la historia literaria y en muchas manifestaciones en el arte. El Descubrimiento de América produce en la cultura occidental trasplantada un rezago, un retraso. Yo diría, más que un retraso una vuelta al pasado, porque no es que se estanca ni que regresa.

Vean ustedes esto, por ejemplo, que es muy curioso. Cuando los españoles se establecen realmente en América y empieza la obra de la colonización hacia los siglos XVI y XVII, es el momento en que la literatura española entra en pleno renacimiento, es la hora *en* que se produce *La Celestina y* la novela picaresca y se produce la comedia española, la gran novedad del teatro español.

Nada de eso llega a América. Es la hora en que se intenta la historia al estilo latino o renacentista que hace Mariana. Nada de eso viene a América. ¿Qué pasa en América? Todo lo contrario. América regresa a la crónica en lugar de la historia a la romana. América regresa al romancero y a la poesía narrativa que pertenecían a la Edad Media española y no eran contemporáneos. América regresa al auto sacramental y no a la comedia, y la novela no entra en América, entra la descripción. Entra la descripción corográfica y humana, pero no entra la novela y es muy curioso porque el más grande novelista español después de Cervantes, en el siglo XVI, viene a América. Mateo Alemán, el autor de Guzmán de Alfarache vivió en México los años finales de su vida y escribió una gramática. ¿Por qué se calla Mateo Alemán que era el más grande novelista español, después de Cervantes, en su tiempo? ¿Por qué no hay una novela americana hasta el siglo XIX? ¿Por qué se regresa a formas tan olvidadas en el tiempo, tan anacrónicas, si ustedes quieren, que más que anacrónicas es que pertenecen a otro tiempo, como las crónicas que estaban muertas en España, desde la Edad Media, como la poesía narrativa?

Luego existen en esta noción del tiempo otros aspectos que son importantes. Yo pienso que habría que hacer algún análisis a estas cosas. Una de ellas es, desde luego, cómo la América Latina, cuando queda abandonada a su suerte por primera vez, es decir, en la

independencia, y cuando intenta adoptar instituciones venidas de afuera, una república a la francesa o a la americana, un parlamentarismo a la inglesa, un Derecho Civil europeo, en el momento en que intenta eso y que eso fracasa, la América Latina regresa a formas políticas que no tenían nada que ver con la contemporaneidad europea y occidental. Produce la única creación política original que ha dado la Améri*ca* Latina, que es el caudillismo rural. Salen los caudillos, no estoy hablando de los dictadores sino de los caudillos, los caudillos del tipo Rosas, del tipo Páez, del tipo del más reciente que hemos tenido aquí en Venezuela,]uan Vicente Gómez, que eran hombres representativos de un medio, que correspondían a una noción de la autoridad, profundamente anclados en esa tradición mágica y en esa tradición histórica.

De modo que cuando fracasa el modelo importado, el mundo americano da torpemente, pero de una manera genuina, sin duda alguna, una respuesta y la da en el caudillo. El caudillo hispanoamericano habría que estudiarlo como manifestación y revelación del ser hispanoamericano, como se manifiesta políticamente en ese fenómeno, y que es un regreso, porque ese fenómeno no lo encontramos en España ni en Europa, sino posiblemente ya hacia el siglo XII o hacia el siglo XIII, cuando empieza a desintegrarse el feudalismo, cuando aparecen las formas finales de la behetría medieval, y eso es lo que resucita en América.

Existen otros casos muy curiosos, que yo creo que vale la pena pensar, de ese anacronismo o anticronismo, no sabría yo cómo llamarlo, por ejemplo: ¿por qué no pasa a América la segunda persona del plural? La segunda persona del plural entra al castellano más o menos en el siglo XVIII. Es una de las herencias borbónicas y del afrancesamiento español, pero no llega a América. En América se queda el tratamiento *en* la tercera persona del plural. No hay un hispanoamericano, a menos que sea un gramático trasnochado o algún purista sin sentido, que diga vosotros, cuando lo dice, lo dice de una espantosa manera falsa. No es un mero juego el tratamiento que le damos al otro, establece una distancia y establece una relación. No es lo mismo decirle a algunos "vosotros", que decirles "ustedes". No es el empleo caprichoso de una palabra por otra, es todo un juego de relaciones que está implícito en esto. El "ustedes" *es más antiguo que el "vosotros" desde luego, el "Vuestras Mercedes" que, corrompido, dio el "ustedes"*. ¿Por qué nosotros nos quedamos con "Vuestras Mercedes" y seguimos con ella y no entramos al "vosotros" en toda Hispanoamérica, desde México hasta la Argentina?

Y cuando llega un gran momento histórico del mundo hispanoamericano, como fue la Revolución Mexicana, un momento en el cual dio la impresión que se daba un vuelco y que afloraban hechos nuevos y que se estaban buscando las raíces y que se quería hallar una indudable veta de la autenticidad hispanoamericana, cuando se trata de narrar plásticamente ese hecho, viene un pintor mexicano, que había estado en París con los cubistas y que estaba al tanto de todas las novedades pictóricas, que es Diego Rivera, y ¿qué hace Rivera? Se pone a hacer lo que habían hecho los europeos en el siglo XIII, *es* decir, resucita el muralismo que era un arte muerto en Europa. Y no lo resucita por un mero capricho arqueológico, sino porque era el lenguaje que correspondía a la situación, porque esa situación de México en esa hora pertenecía mucho más al siglo XIII que al siglo XX europeo.

De modo que todo esto configura lo que yo llamaría un tiempo hispanoamericano. Hay un espacio y un tiempo y hay un escenario humano distinto. Si todo esto no significa nada, yo no sé qué significa.

Todo esto determina lo que, a mi modo de ver, es el rasgo esencial, que yo me permito llamar con una palabra desacreditada, poco grata, sobre la cual han caído prejuicios de toda índole, que es la palabra mestizaje.

No me refiero al mestizaje sanguíneo o biológico, desde luego lo hubo, y lo hubo en gran escala y creo que tuvo resultados muy dignos de tomar en consideración y que han tenido una gran influencia en el mundo hispanoamericano. Pero el mestizaje más poderoso no solamente el de la sangre, el principal mestizaje es el cultural, el que determinó todo ese extrañamiento del europeo en América, el que determinó el diálogo entre las tres razas y el que determinó esa situación peculiar en la que se mezclaron cosas de uno y de otro. Ese mestizaje dio

resultados inmediatos increíbles. En los casos en que había mezcla sanguínea, en los casos en que no la había, porque es bueno pensar que aún los que tengan la piel más blanca, si son hispanoamericanos, son culturalmente tan mestizos como el Inca Garcilaso.

El problema es éste. Acabo de nombrar al Inca Garcilaso de la Vega. El Inca Garcilaso —no les voy a decir a ustedes quién es, lo saben mejor que yo— fue uno de los más grandes escritores de la lengua castellana en la época de Cervantes, que no era una época fácil. Escribió libros monumentales como *Los comentarios reales.* Y ¿quién era este hombre? Era el hijo de un capitán español y de una ñusta indígena. Y este hombre recibió en su educación de una manera ejemplar, las dos vertientes. En la gran casa del Cuzco en que vivía, en un ala estaba su madre con los parientes que habían pertenecido a la Corte del último emperador inca, Atahualpa, y en la otra estaba el capitán Garcilaso, con sus frailes y sus soldados, hablando español. De modo que de un lado estaba el mundo incaico, el Quechua, con sus tradiciones vivas, y en el otro estaba el mundo castellano, y el niño atravesaba el patio y pasaba de un mundo al otro. Pero los dos mundos estaban en él. Y cuando Garcilaso, luego, empieza a escribir, hace ese libro monumental que son *Los comentarios reales.* Ese libro es una obra de creación literaria de primer orden. Pero es una obra única. Ese libro no lo podía escribir un indio, ni lo podía escribir un español. No lo podía escribir, sino un mestizo americano, un hombre de ese tipo.

Ahora piensen ustedes en la originalidad hispanoamericana y contesten esta pregunta: ¿Dónde está el Inca Garcilaso de la América del Norte? ¿Dónde está el Inca Garcilaso de África y dónde está el Inca Garcilaso de la colonización asiática? No existe porque no hubo ese encuentro profundo, porque no hubo esa nueva creación de una situación cultural que hubo en el territorio de América Latina.

En los otros continentes, en África, el colonizador se superpuso y no penetró. En Asia fue peor aún, porque la resistencia de las viejas culturas fue mucho mayor, de modo que lo occidental fue superficial, lo occidental fue, en cierto modo, episódico. Pero no fue la creación de un nuevo hecho cultural en su totalidad como lo fue en el mundo latinoamericano.

Eso se manifiesta en mil cosas, en la creación del barroco de Indias —que el solo merecería un estudio muy a fondo— en el cual se combinan los elementos indígenas y los elementos españoles. Esos grandes monumentos barrocos que llenan los Andes y la meseta mexicana, donde hay algunas de las obras arquitectónicas más extraordinarias del mundo, no hubiesen podido darse en Europa, ni tienen nada que ver directamente como consecuencia de la arquitectura indígena. Es la creación de un mestizaje que se da igualmente en la literatura, que se da igualmente en la plástica y que es la revelación de la presencia de esos actores que entran en contacto y en conjunción.

Si vemos la historia de la literatura hispanoamericana —voy a pasar por sobre esto, tocándolo—, vean ustedes, que cuando la literatura hispanoamericana da una nota original en escala mundial, la da sobre la cuerda del mestizaje. ¿Qué es el modernismo? ¿Qué es Rubén Darío? Rubén Darío es uno de los más extraordinarios casos de mestizaje cultural que el mundo haya conocido. En Rubén Darío se mezcla todo: lo más viejo de España, la tradición indígena, los ecos del negro, la situación del hombre de la América Central, las influencias que él creía tener de Europa. Él podía creer buenamente que era un poeta simbolista francés, no era verdad. Y eso da la nota original del modernismo, que no se parece a lo que hacía en España y no tiene nada que ver con eso, ni con el simbolismo francés, ni es, por lo tanto, indígena, ni mucho menos negro, pero que es la expansión genial de un hombre que estaba en una situación latinoamericana profunda.

Cuando las letras hispanoamericanas dan una primera nota de valor universal, la dan sobre esa nota y si nosotros fuéramos —aquí hay quienes lo pueden hacer mucho mejor que yo— a analizar esto que llaman el "boom" literario: ¿qué son estas novelas que han tenido tanto éxito en el mundo?, ¿qué es Asturias? ¿qué es Carpentier?, ¿qué es el mismo Borges?, ¿qué es García Márquez? Son los productos de un delirante mestizaje cultural, que no se podía dar sino en un hispanoamericano. Y por eso son grandes escritores y por eso el mundo entero los

mira con curiosidad, porque no se parecen ni a los ingleses ni a los franceses, ni a lo que están haciendo los escritores de los otros medios culturales.

Cuando yo decía al comienzo que el Nuevo Mundo no era solamente el hecho de encontrar el continente americano, sino que el Nuevo Mundo era también, en buena parte, la creación de una nueva situación mundial y el comienzo de una nueva época del mundo entero, no he hecho sino apuntar algo que es cierto y que hoy en día se ha investigado a fondo. El Descubrimento de América, yo diría una palabra que es mejor todavía, la presencia americana, cambió el panorama del hombre en Occidente totalmente, lo alteró de raíz y podríamos decir, sin ninguna exageración, que cambió la historia del mundo.

Sin el Descubrimiento de América la historia del mundo hubiera sido distinta, no solamente en el sentido de la expansión geográfica, sino en el sentido de los valores, de los conceptos y de la filosofía.

Se dice que la América contribuyó a la creación del capitalismo como, en efecto, contribuyó, con el aflujo de los metales preciosos. Se trata de un capítulo conocido y estudiado cómo esto influyó en los índices de precios, cómo esto determina el crecimiento de toda la maquinaria financiera que se había ido formando al final de la Edad Media, y cómo estableció la fase de donde el capitalismo moderno arrancó.

Pero es que nosotros no podríamos concebir la Europa moderna sin la papa. Mucho más importante que los metales fue la papa. La papa fue la que permitió la Revolución Industrial y la papa fue la que permitió las guerras napoleónicas. La población europea, la fuerza de trabajo de la que hablaba Marx y la fuerza de sangre de que hablaba Napoleón las dio la papa porque *se* acabaron las hambrunas europeas y la población pudo crecer, de modo que el don de la papa americana transformó la situación básica sobre la cual la historia europea se desarrolló a partir del siglo XVII.

Pero hay un hecho más que es importante ver. Nuestros ideólogos del siglo XIX, los fundadores de estas repúblicas, fueron ávidamente a aprender las novedades políticas y las doctrinas nuevas en los pensadores de la Enciclopedia Francesa, en Montesquieu, en Rousseau, en Voltaire. Allí encontraban ellos las grandes novedades con las cuales querían crear las nuevas instituciones hispanoamericanas.

Ahora, lo que no sabían ellos *es* algo que sabemos hoy en día muy claro, *es* que esa éra una pelota que había salido de América, cayó en Europa y de Europa rebotó y regresó a América.

Con la papa y los metales preciosos América exportó a Europa la semilla de la revolución. El pensamiento revolucionario europeo no digo yo que habría existido pero habría existido, quizás de otra manera radicalmente distinta y muy tardíamente sin el Descubrimiento de América. El hecho fundamental del pensamiento revolucionario de Europa está en la Carta de Colón a los Reyes Católicos. La famosa carta que Colón tiró en una copia al mar porque creía que naufragaba y no regresaba, fue el documento que cambió la conciencia europea de raíz.

Colón describe allí que ha llegado a una tierra donde hay unos hombres que no son como los europeos, que viven pacíficamente, que no tienen armas, que no tienen propiedad privada, que se aman entre sí y que son felices. Es la primera vez que aparece la idea de felicidad asociada a la sociedad humana. ¿No pensaban los europeos que el fin del hombre en la Tierra era la felicidad? La Iglesia les había enseñado desde muchos siglos que esto era el valle de lágrimas. Por lo tanto, aquí no había que esperar felicidad ninguna, la felicidad estaba en el otro mundo. Pero esa visión de que había felicidad aquí en la Tierra, esa visión la da la carta de Colón y esa carta de Colón, no cae en oídos sordos, esa carta de Colón la recoge Tomás Moro y fabrica la Utopía —la *Utopía es* el libro más revolucionario que se ha producido en Europa—, y luego la recoge Montaigne, y entonces de allí surge la conclusión lógica: ¿Qué ha pasado?, ¿qué explica que en una parte del mundo haya gue-

rra, haya injusticia, haya miseria, haya una sociedad injusta, y en otra parte del mundo haya una sociedad feliz, donde los hombres ignoran la guerra, donde los hombres ignoran la riqueza, donde no hay miseria, donde todos son iguales, donde todos viven en paz? Es decir, nace el mito del Buen Salvaje. El mito del Buen Salvaje es un mito americano y de *ese* mito nace todo el pensamiento revolucionario europeo porque, de inmediato, de esa actitud crítica que parte de la Utopía de Moro, del pensamiento de Montaigne, van a retomar los pensadores racionalistas del siglo XVIII una idea de la injusticia de la sociedad europea, del estado natural del hombre, que es un estado de bondad y, en nombre de eso, van a programar la revolución y nosotros más tardíamente vamos a ir a Europa a recoger esa fruta que partió de una semilla americana y traerla como novedad, venida después.

De modo que no solamente influimos en hechos de importancia material tan grande como lo que significó poder crecer la población europea y el nacimiento del capitalismo que, en buena parte, se debió a los metales americanos, sino que todo el pensamiento que transformó el mundo y sacudió el mundo, y lo sigue sacudiendo, tiene su raíz *en* el hecho americano, en la novedad americana, en la impresión de lo que había sido América para aquellos hombres que la vieron la primera vez.

El eco del hecho americano lo mira uno en las cosas más desprevenidas y permeó y penetró todo el pensamiento europeo y lo modificó. Yo debo confesarles a ustedes, que nunca, sin cierta emoción oigo, leo o releo parte de *La tempestad* de Shakespeare tropiezo con Calibán, Calibán es americano, diría más, me atrevería a decir que es casi venezolano-brasileño, porque Calibán no es sino el eco corrompido de caníbal. Canibal es una corrupción de caribe. De modo que el nombre que daban los europeos al indio caribe cuando llegó Colón y encontró los taínos que vivían bajo el terror de los Caribes y hablaban de esa gente que venía del Sur y les cortaban la cabeza y se llamaban carina, en caribe el nombre de ellos es carina y los españoles de ahí hicieron caribe, los italianos hicieron cambali, mil nombres más y un día un inglés que escribía comedia resolvió tomarlo y transformarlo en Calibán. Hasta allí llega el hecho, un impacto profundo que sacudió y modificó toda la situación del hombre europeo.

Esta situación que caracteriza al hombre latinoamericano, esta situación de originalidad, de duda sobre su personalidad porque no es asimilable exactamente a ninguna de las otras de las que viene, ha tenido sus consecuencias en su expresión y en su actitud. Por ejemplo, en la literatura hispanoamericana, que es un buen testimonio de todo esto, nosotros podemos encontrar un rasgo que es importante y es que esa literatura, en un grado no comparable con ninguna otra, es una literatura de servicio que está hecha para trabajar por algo más que no es puramente la expresión literaria. Es una literatura que desde que arranca tiene un propósito, o satírico o reformista, o revolucionario. Es una literatura con un programa social y con un programa político implícito, desde la *Amalia* de Mármol hasta las novelas de nuestros días. En toda ella hay esa voluntad de servir no solamente de intérprete de ese mundo oscuro, que muy claramente no se entiende, para ayudarlo a entenderse y a salir. José Gaos decía, con mucho acierto, hablando del pensamiento latinoamericano, una verdad que también Unamuno había dicho hablando de Martí. Unamuno decía de Martí que más que pensador era sentidor y en realidad tenía razón, su pensamiento tenía unas raíces que venían mucho más del sentir que del análisis nacional. Y Gaos decía que la literatura hispanoamericana era una literatura de educadores de sus pueblos. Constituye un rasgo muy peculiar esa especie de misión que se cargó el intelectual latinoamericano de explicar el ser latinoamericano para los latinoamericanos y de encaminarlos había lo que él creía que era la salvación y la realidad. Eso caracteriza y es una consecuencia de esa angustia ontológica y de esa posición.

Todo esto configura para la América Latina una situación única en el mundo actual. En este momento se habla de una civilización global y realmente estamos más que nunca en los pródromos, en los comienzos de una civilización global. El mundo entero está globalizado por las comunicaciones, está globalizado por los usos, está globalizado por las influencias pero, desde luego, las situaciones de sus

componentes son distintas. Nosotros pertenecemos a la civilización occidental, nadie lo duda, pero pertenecemos de una manera peculiar, somos un avatar de esa civilización.

Es una situación muy distinta a como recibe la civilización occidental un japonés, porque la civilización occidental no es la civilización de los japoneses, o a como la recibe un africano, o a como la recibe un chino o un hindú. Ellos reciben la civilización occidental como un instrumento, como algo que añadir a lo que ellos son, como algo que poner de acuerdo con lo que ellos son. Nosotros no, la civilización occidental es nuestro lecho, la civilización occidental es nuestro hecho, la civilización occidental *es* nuestro ser. Estamos hablando una lengua romance, tenemos una herencia cultural dominantemente occidental en su parte de mayor influencia y a eso añadimos, claro, la presencia de los otros dos actores fundamentales de la creación del hombre latinoamericano. Pero eso nos diferencia radicalmente porque no somos nosotros gente que *estamos* recibiendo la civilización occidental para ajustarla a una civilización distinta o con un pasado cultural ajeno, sino que dentro de la configuración de la civilización occidental representamos una provincia, configuramos una familia con una nota, una calidad y una condición diferente a las demás familias, que son los que constituyen la Europa occidental y los Estados Unidos y el Canadá. Dentro de esos tres grupos nosotros somos ese tercer grupo distinto, pero que pertenecemos a esa civilización occidental.

Esa pertenencia, en este momento y en esa condición, nos da a nosotros una ventaja gigantesca, somos nosotros la única gente de la civilización occidental que está en el Tercer Mundo, somos, por lo tanto, muy posiblemente, el único puente válido que hay entre ese mundo occidental y el Tercer Mundo porque somos gente de la civilización occidental, pertenecemos a ella raigalmente, pero somos gente del Tercer Mundo para todos los otros aspec*tos.* Y estamos tan vinculados a Asia y a África o, por lo menos, mucho más que ninguna otra porción del mundo occidental.

De modo que eso determina para nosotros una situación privilegiada, una situación que en cierto modo define casi un programa político y un programa cultural, el de representar dentro de la variedad de la familia occidental, ese otro núcleo, esa otra posibilidad de apertura, que no sería, de todo, sino una consecuencia fecunda y segura de ese rasgo fundamental de nuestro carácter, que es la vocación de mestizaje. De manera que no haríamos otra cosa que seguir sirviendo a esa vocación de apertura y de mestizaje.

Eso es lo que yo quería señalar, muy de pasada y muy superficialmente. Tal vez no somos el Nuevo Mundo, no lo hemos llegado a ser, pero hemos contribuido a la creación de una nueva época del mundo y en este momento estamos en una condición privilegiada para estar entre los constructores fundamentales de ese Nuevo Mundo que va a llegar finalmente y en cuya hechura nosotros tenemos un papel irreemplazable que desempeñar.

Los grandes cambios que, de manera tan inesperada y espectacular, han ocurrido en el escenario del mundo en los últimos cinco o seis años, desde el inicio de la "Perestroika" y la caída del Muro de Berlín hasta la desintegración política del inmenso centro de poder que representó hasta ayer la Unión Soviética, tienen que afectar en *muchas* formas la situación, las perspectivas, las opciones y el diseño de las políticas nacionales e integracionistas de la América Latina.

En rápida y no prevista sucesión de acontecimientos, está emergiendo una nueva situación mundial y, seguramente, con ella un nuevo orden internacional en el cual todavía no es fácil precisar el papel que pueda desempeñar la América Latina, ni lo que haya que rectificar de lo que hasta ahora han sido las orientaciones y, casi podríamos decir, los principios dogmáticos de su conducta internacional y, aun, de sus políticas nacionales.

Ha terminado la Guerra Fría, ha concluido para siempre el enfrentamiento político, militar y económico que representaron los dos grandes centros de poder, simbolizados por los países de la OTAN y por los del Pacto de Varsovia. La posibilidad que por tantos años pesó sobre la conciencia de todos los hombres, de la catástrofe inminente de una guerra nuclear destructora de la civilización y hasta de la vida en el planeta ha desaparecido súbitamente. Algo semejante ha ocurrido con las ideologías y las concepciones que, en muchas formas, pesaron sobre las orientaciones políticas de los distintos países que, a su vez, determinaron en buena parte el curso de la historia de la posguerra.

No hay más Guerra Fría, no hay enfrentamiento Este-Oeste, no hay bipolaridad; en el horizonte mundial aparece una sola gran potencia militar y económica que es la que constituyen los Estados Unidos de América y, frente a ella, se conforman nuevos centros de poder representados por el surgimiento de la Comunidad Europea y por la presencia creciente, en lo económico y tecnológico, del Japón en el Extremo Oriente. Los enfrentamientos que pueden preverse ya no serán ideológicos ni militares con el carácter de la pasada Guerra Fría, sino que va a surgir otra forma de confrontación y de lucha que se va a librar en el campo de la economía, de la tecnología, de la ciencia, de la información, de la capacidad productiva y de la disposición a integrar organizaciones supranacionales.

En el tiempo de la Guerra Fría, para los países menos poderosos y que no formaban parte de las dos grandes coaliciones potenciales enfrentadas se abrieron muchas posibilidades para una política relativamente autónoma que les permitiera, sin sacrificios y casi sin riesgos, sacar ventajas alternativas de los dos contrincantes del enfrentamiento bipolar. De allí surgieron concepciones y hechos nuevos como fue la presencia de los pretendidos países no-alineados, con la pretensión más teórica e intelectual que real y efectiva de la existencia de un Tercer Mundo entre los dos mundos adversarios, con algún poder de decisión global, que representaban los Estados Unidos de América y la Unión Soviética con sus respectivos aliados. Esa situación permitió a muchos países subdesarrollados de Asia, de África y de América Latina obtener ventajas que no derivan de su propio esfuerzo de desarrollo, sino de formas más o menos efectivas y reales de alineamiento con uno de los dos grandes contrincantes potenciales, lo que les aseguraba, desde luego, muchas formas de ayuda, de colaboración y hasta de protección. La Guerra Fría les dio un valor político, ajeno a sus propias dimensiones y posibilidades, a los países subdesarrollados, que muchos supieron aprovechar para su propio beneficio y hasta para aventuras de dominación en sus particulares regiones.

La nueva situación significa que el Tercer Mundo, como tesis o como opción política, junto con los no alineados, ha perdido súbitamente su razón de ser y su valor relativo en el escenario internacional.

La América Latina tendrá que replantearse, lo más pronto posible, la nueva situación y sus consecuencias. El mundo que emerge no va a ser bipolar, tampoco podrá ser por mucho tiempo el campo del predominio militar, económico y político de una sola gran potencia y va a exigir de todos los países una revaluación realista de sus potencialidades y posibilidades de futuro en una situación mucho más competitiva y en la que no se podrá contar más con el apoyo automático de poderosos aliados políticos.

Por otra parte, no han cambiado las características de la América Latina, que siguen siendo fundamentalmente las mismas y que la determinaron desde la Independencia hasta hoy, pero sí han cambiado profundamente las circunstancias y las posibilidades de su acción futura. En todo el tiempo transcurrido desde la Independencia, se observa la tendencia muy marcada a confiar más en fórmulas mágicas, en imitaciones políticas de Europa y los Estados Unidos, en ideologías más o menos adaptables, que el lento y difícil, trabajo de enfrentar la realidad propia para encontrar y poner en práctica respuestas adecuadas para lograr salir del subdesarrollo endémico. Esta vuelta hacia lo propio, hacia lo inmediato, hacia lo permanente, va a requerir un gran esfuerzo de desmitificación y desideologización de la conciencia latinoamericana.

La responsabilidad de los intelectuales, que ha sido tan grande en todo su pasado, tiene que cambiar de estilo y de contenido. No bastará ya con adaptar, de manera más o menos superficial y palabrera, las sucesivas ideologías de moda en Europa o el ejemplo superficialmente conocido de la América anglosajona, sino que habrá que hacer un tenaz y difícil esfuerzo para reconocer nuestras propias realidades y trazar sobre esas líneas de conducta que, mediante el esfuerzo propio y la mejor utilización de las posibilidades, permitan en plazo razonable un progreso efectivo.

Habrá que comenzar por el doloroso examen de los errores cometidos en el pasado, del fracaso de las fórmulas mágicas, de la fe ciega en que, mediante determinados cambios de principios y de orientación, se podría lograr una transformación positiva, sin mayor esfuerzo de todos y cada uno. No va a ser fácil para los hombres de pensamiento, que tanta influencia han tenido en todos *esos* países, alcanzar esta reconversión y este replanteamiento de las realidades y de las posibilidades ciertas y, por ello mismo, la responsabilidad del pensamiento latinoamericano aumenta ante estas circunstancias. Los grandes centros de reflexión que, de manera tan poco satisfactoria, han funcionado hasta hoy, como son las universidades y los organismos académicos, tendrán que asumir plenamente esta tarea dura y a veces dolorosa de revisión y de replanteamiento de posibilidades.

Si algo ha debido enseñar el pasado es a desconfiar de las fórmulas simples y milagrosas que nunca, en ninguna parte, han podido reemplazar el trabajo creador y tenaz por el verdadero progreso. El nuevo orden emergente y todavía no enteramente precisable del mundo de la Posguerra Fría va a ofrecer nuevas opciones a los países latinoamericanos, frente a las cuales deben tener respuestas razonables y realistas. Habrá que concebir nuevas formas de trato y de cooperación, a pesar de todos los desniveles de desarrollo, con la América anglosajona, de cuya condición pueden venir grandes bienes o grandes males, según la actitud mental y la capacidad creadora de los dirigentes latinoamericanos. Habrá, igualmente, que diseñar una política frente al poderoso bloque que va a constituir cada día más la Comunidad Europea.

También habrá que considerar muy descarnadamente las vías y grados de integración posibles y aconsejables dentro de la propia América Latina, sin creer que la mera proclamación de un nuevo principio va a tener mejores efectos que todas las antiguas proclamaciones ideológicas. Frente al Japón y la emergente área del Pacífico que se anuncia como uno de los centros de civilización del siglo próximo, la América Latina, que en su mayor parte es ribereña de ese océano, ha de tener prevista una nueva relación con los países de ese nuevo Atlántico.

En resumen, habría que pensar que América Latina, con todas sus características favorables y desfavorables, se encuentra, por las circunstancias recientes, ante la necesidad de realizar profundas revisiones de su actitud y mentalidad y de hallar respuestas adecuadas para el mundo emergente que nadie sabe todavía cómo ha de caracterizarse pero, cualquiera que sea esa evolución previsible en sus grandes rasgos, es menester que la América Latina adopte una actitud más realista y pragmática, que confíe menos en las palabras que en los hechos y que le permita hallar el camino apropiado para su propio desarrollo y desempeñar ante el resto de los países un papel de verdadera dignidad e importancia.

Tomado de: Perfiles de América Latina (1992). Caracas: Monte Ávila.